



ITINERARIO



FRANCISCO LAREZ GRANADO



FRANCISCO LÁREZ GRANADO

ITINERARIO

GLOSAS DE UN LIBRO INÉDITO

LAS PÁGINAS DE ESTE OPÚSCULO
FORMAN PARTE DEL LIBRO INÉDITO
“MEMORIAS DE LA ANDANZA”.



LOS DIBUJOS QUE ILUSTRAN ESTE
LIBRO FUERON REALIZADOS POR EL
DR. PEDRO BOUGRAT Y APARECEN EN
SU LIBRO “SOTAVENTO”

ITINERARIO

Fue en el año 1919.

A raíz de la primera guerra europea. Yo contaba entonces 16 años de edad y hacia poco tiempo que había abandonado los bancos de la única escuela del lugar, donde según el maestro, no tenía ya más nada que enseñarme; para irme a navegar con un pariente mío en una pequeña balandra de su propiedad, que se llamaba “GÉNESIS”.

Me agradaba el mar.

Y todo cuanto con él tenía relación. De allí mi inclinación, desde muy niño, a jugar con botecitos hechos de tacarigua, los cuales sentía cariño en proveer de todos aquellos útiles propios de las grandes embarcaciones; y me complacía en ponerlos a andar por el agua de la albufera que rodeaba al pueblo o por la casi siempre sosegada de su hermosa bahía. También me agradaba la Pintura, la Poesía y el Teatro. Y bien hubiera querido dedicarme al estudio de la primera de estas artes; pero mi padre se opuso siempre a ello por considerarlo oficio de bohemios y personas sin porvenir.....

Mi madre, en cambio, amaba todas esas cosas y estoy seguro de que si de ella hubiera dependido, yo habría estudiado el arte de pintar. Era hija de un pescador humilde y analfabeta, quien al morir dejó en la casa redes, cuerdas, remos, anclas y hasta un viejo bote inservible llamado “La Poma”, que ella con su ternura de mujer hacendosa, llenaba de tiestos con flores, convirtiéndolo así en hermoso jardín, el cual,

dolorosamente, veía agostarse cuando llegaba el tiempo de las grandes sequías.....

Pero a mi madre no le gustaba mucho el mar. Más bien le temía como a un monstruo que, según su criterio, había devorado poco a poco la existencia de su progenitor. Y por eso, sobrecogida de temor, la veía siempre que me iba de viaje, lo cual, por complacer a mi padre y a mí, había aceptado a regañadientes.

Un día mi tío, solterón de unos 40 años de edad, rudo y analfabeta también como mi abuelo, dijo a mi madre:

–Prepárale el equipaje al sobrino, porque vamos a viajar esta noche con destino a Los Caños y puntos intermedios....

Los Caños a que mi tío hacía referencia, eran los que forman el delta del Orinoco y hacia los cuales viajaban con frecuencia muchas embarcaciones margariteñas en busca de maíz, por ser este uno de los más productivos negocios de aquel tiempo. En razón de esta circunstancia, era raro el establecimiento mercantil que en la región no tuviera su expendio al detal del cereal, así como sus depósitos donde mantenerlo guardado en grandes cantidades para, en días de escasez, venderlo a precios prohibitivos que las autoridades, ante el clamor del pueblo, procedían a regular. Como se sabe, el pan de maíz es entre nosotros el más codiciado. Y, por tanto, de su gran demanda viven muchos hogares humildes que lo elaboran, aun cuando el de trigo, de algún tiempo a esta parte, ha ido cobrando importancia, en razón de su mayor poder alimenticio y, sobre todo, como resultado de la inmigración que ha empezado hacerse presente en nuestros pueblos...

ZARPE

A las primeras horas de la noche de un día de mayo, mi tío y yo nos embarcamos, en la bahía de Juangriego, para salir. El tiempo era bueno. Y una luna en creciente esmaltaba la ancha diafanidad del agua. A bordo de la pequeña embarcación habían cuatro marineros, un contramaestre y un cocinero. Mi tío para este viaje había planeado el siguiente itinerario: Juangriego-La Blanquilla-Río Caribe-Pedernales-Tucupita-Coporito. Su principal objetivo era buscar un cargamento de maíz en el último de los lugares mencionados. Pero quiso tocar primero en La Blanquilla con el fin de comprar allí unos quintales de cecina de chivo para venderlos a buen precio en Río Caribe y seguir viaje después hacia el Orinoco.

Zarpamos. La noche transcurrió sin novedad por un mar que parecía alelado bajo el claror lunar. Y en la mañana temprano anclamos frente a la vecina ínsula. En la playa tranquila se veían ranchos de pescadores y varios de estos hombres curioseando desde la orilla la presencia de la balandra. Media hora después desembarcamos. Y por un camino traginado llegamos a la única casa allí existente. Esta era de bahareque, alta y ancha, con techo de tejas y piso de cemento. De su interior salió a recibirnos el dueño del negocio quien lo atendía personalmente y estaba rodeado de personas que se ocupaban afanosamente en todo lo relacionado con el beneficio de los caprinos, la salazón y el peso de la carne, la conservación de los cueros y el envío de grandes lotes a La Guaira y otros puertos importantes de la República...



Este negocio desde hacía años venía siendo explotado por elementos de una misma familia, y su explotación pagaba un impuesto o arrendamiento creo que de Bs. 1.500,00 anuales al Gobierno del Estado Nueva Esparta, a cuya jurisdicción pertenecía entonces dicha isla. En una parte de la casa, la más limpia y mejor acondicionada, por supuesto, dos bellas hijas del señor, allí de temporada, ejecutaban labores manuales y daban aire de encanto al lugar. Realizada la compra de cecina y embarcada debidamente esta mercancía, reanudamos el viaje. Pero todavía bordeando en las costas de la isla, a mi tío se le ocurrió la idea de tocar brevemente en un sitio donde tenía conocimiento de que abundaban moluscos de los comúnmente llamados “Longos” –caracoles de regular tamaño y casi redondos– a fin de coger algunos para cocerlos y comerlos “como merienda”, según su propia expresión.....

Esto fue en una ensenada donde un día muy lejano, casi olvidado ya en la mente de los pescadores que habitan la isla, se le dio sepultura al cadáver de una niña que, enferma de un mal contagioso, según se cree, era trasladada en barco desde Ciudad Bolívar a Puerto Cabello y murió en la travesía, por lo que hubo de ser enterrada en aquella playa como la más próxima para el caso; y la cual, por tal circunstancia, fue llamada desde entonces “La Playa de la Muerta”. Esta niña, según informes, se llamaba Elena Braschi y sus familiares, días mas tarde, le hicieron construir un sepulcro con barandal de hierro que el tiempo fue deteriorando y cubriendo de herrumbre en medio a la soledad de aquella playa donde el mar ha seguido arrullando con su música la eternidad de su silencio.....

La incursión marinera en dicho sitio resultó por demás satisfactoria, sobre todo, para mi tío quien, gozosamente, tan pronto como estuvieron cocidos los caracoles, procedió a comerlos en abundancia, haciendo lo mismo los marineros, porque en verdad son deliciosos. No obstante yo los comí con un poco de recelo, a causa de ciertos desórdenes gástricos que venía padeciendo. Entre tanto, con las primeras sombras de la noche fuimos perdiendo de vista a La Blanquilla y rumbo a Río Caribe enfilamos la proa.....

MALES Y TEMORES

La balandra en la popa, sobre cubierta, tenía dos “cuchetas”, –especie de literas–, para dormir. Una ocupaba mi tío y la otra yo. Entre ambas funcionaba el timón no era de rueda sino de caña. Y, por tanto, allí se situaba el contramaestre o el marino a quien le tocaba el turno de gobernar. El timonel, de pie, mantenía el rumbo a seguir en la brújula, la cual, como una rosa o estrella iluminada, veían sus ojos a través de un vidrio en la bitácora. Fumaba su tabaco, ya solo o en pipa de barro.

Y a veces, quizás para escapar de las redes del sueño, cantaba con aire de galerón cosas simples improvisadas como éstas:

*“Cállate la boca, bocón,
que yo soy el San Segundo,
soy el guapo de este mundo,
no tengo comparación.
Yo me agarré con Sansón
y de una trompá cayó.
En tierra se revolcó
con la ira que bramaba,
yo por detrás lo capeaba
y nunca más se paró”.....*

A la mañana siguiente el Contramaestre alarmado me llamó para informarme que a mi tío le habían hecho daño los caracoles y se le estaban presentando síntomas de disentería. Inmediatamente salí de la “Cucheta” a verle; y, en realidad, estaba hecho una lástima sobre el bacín de peltre. Entonces le dí a tomar un poco de los remedios que mi madre

me había puesto en el equipaje, consistentes en bicarbonato de soda, limón y elixir paregorico. Pero estos no fueron suficientes para librarle de la intoxicación. Afortunadamente teníamos Tierra Firme a la vista, buen viento, y no tardaríamos mucho tiempo en llegar a Río Caribe. Mientras tanto, el Contramaestre y yo, llenos de temor, hacíamos cuanto estaba dentro de nuestras posibilidades por aliviarle.

En el puerto de Río Caribe anclamos un poco más del mediodía. E inmediatamente el Contramaestre se fue a tierra para gestionar los servicios de un médico y, a la vez la venta de la cecina. Yo consideré prudente quedarme a bordo a fin de seguir atendiendo a mi tío que continuaba quejándose de sus dolores abdominales sobre el vaso de cama y tenía fiebre. Poco tiempo después regresó el contramaestre sin el médico, pero con las medicinas apropiadas para el caso que éste había recetado; y, asimismo, con el precio que tenía el quintal de cecina en la plaza, el cual no le pareció bueno a mi tío, quien sumamente malhumorado, empezó a ingerir los medicamentos, lamentando no poder ocuparse personalmente del negocio que parecía interesarle más que su salud, como pude observar en distintas oportunidades....

Al fin, sin ganancias, según mi tío, la mercancía se vendió y los medicamentos empezaron a surtir en él su saludable efecto. De la mercancía quedaron a bordo dos cabezas y dos gordas cecinas que mi tío había previamente apartado para llevárselas a un socio suyo que lo estaba esperando en Coporito para el embarque del maíz. Antes de partir me permití sugerirle la conveniencia de regresar a Margarita para que se restableciera de sus males. Pero se negó a ello. Y en ese mismo día ordeno levar anclas y continuar el viaje.....

Fuera de la rada la brisa fresca llenaba plenamente el velamen y ponía el costado de babor de la balandra a muy poca altura de la superficie del agua que entraba y salía por las portas y los imbornales

espumante y sonora. Toda la noche estuvimos navegando mar afuera. En algunas partes la estela era como un río luminoso por efectos de la ardentía. En los costados manos invisibles parecían rayar fósforos. Y en la cubierta el agua que saltaba estaba como cubierta de lentejuelas. La invariabilidad del viento nos hacía presentir una buena navegación. Pero en la madrugada, cuando viramos hacia tierra, empezó a reinar una de esas grandes calmas que se han hecho famosas en la Costa de Paria. En consecuencia, todo el día estuvimos flotando sobre una inmensidad blanca, apenas ondulada, con las velas vacías, un pájaro de llamas sobre nuestras cabezas y el crujir monótono de la botavara y el cangrejo en los mástiles. Iniciada la noche tendió a desperezarse el viento. Entonces echamos a navegar de nuevo hacia afuera. Y desde los labios del timonel volvía a volar la voz iluminada en la sencilla irradiación del canto:

*“Tengo en la mano el timón,
el compás tengo en la popa,
a Jesucristo en la boca
y la fe en el corazón”.*

Pero en la mañana volvió la calma a situarnos frente al mismo lugar de la costa que los marinos llaman “Chupara”, en virtud de la atracción que parece ejercer en las embarcaciones para no dejarlas avanzar. En esta situación de calma y corriente, –quién lo creyera–, estuvimos durante once días más o menos, con la consiguiente desesperación de mi tío, el agotamiento progresivo del agua potable y de las demás provisiones, las cuales se había reducido a un poco de harina de maíz, algunos pescados salados y unas tortas de cazabe, aparte de las cecinas y cabezas de chivo que mi tío llevaba de regalo al socio y en virtud de ello defendía ante la intención manifiesta de la tripulación de apoderarse de ellas.



Un día, como medida contra la calma y las corrientes, se optó por no alejarnos mucho de la costa e ir bordeándola mediante el aprovechamiento del suave o fresco viento que nos soplara; y asimismo, al presentarse la calma, fondear la balandra a fin de no perder lo andado. Así logramos avanzar lenta pero seguramente, viendo pasar Punta Cacao, Punta Caribe, Mejillones y San Francisco, lugar éste donde hubimos de tocar para proveernos de agua y de algunos comestibles.

La táctica empleada dio excelente resultado. Y una tarde, al fin, traspuesta la Punta de Uquire, entramos en las llamadas Bocas de Trinidad o de Dragos, como las nombro Colón. Allí el viento parecía haberse vuelto loco de repente. Y cada ola levantada era como una montaña. Entonces mi tío, haciéndole honor a una tradición que se ha ido extinguiendo, arrojó por la borda un saco de legumbres para que nos dejara pasar “El Viejo”, nombre que daban los navegantes al Promontorio de Paria. Esta práctica, suerte de superstición, como todas las de su especie, a nada conducía. Pero al ponerla en ejecución allí cuando era malo el tiempo, todos creían ciegamente en sus buenos efectos. A este respecto, no sabemos si Don Cristóbal la llegó a usar cuando en su tercer viaje, como dice la Historia, “las corrientes lo detuvieron durante varios días entre la isla de Trinidad y la costa Firme”; y si de entonces data su existencia.

EL DELTA

Al otro día amanecimos acercándonos a la Barra de Pedernales: uno de los tantos caños que integran el delta del Orinoco, cuyas aguas al penetrar en las del mar formaban una especie de cordón espumante. Frente a esta pequeña población fondeamos por muy corto tiempo, el suficiente; sin embargo, para darse una cuenta de las pocas viviendas del pueblo sembrado tristemente a la orilla cenagosa del río y teniendo como fondo una densa vegetación selvática. Allí mi tío me llevó a la casa de un señor Guillén quien tenía un negocio de pulpería; y al cual yo había visto alguna vez en el establecimiento de mi padre en Juangriego, comprando artículos de latonería que éste fabricaba, y otras especies. Este señor Guillén era un hombre atento, ceremonioso y no escaso de inteligencia, a quien el destino o quién sabe qué, había llevado a desenvolver su vida en aquel pueblo que me parecía inhóspito y malsano e imaginaba como un miserable sentado a la puerta del maravilloso paisaje fluvial que, después en marcha hacia Tucupita, empezaba a insinuarse ante mis ojos. Jamás de mi espíritu habría de borrarse la impresión que me produjo la presencia de aquellas aguas serenas, espejeantes, tendidas como serpientes fabulosas entre verdes exuberantes, en medio de las cuales la balandra con sus velas blancas era como una garza; y donde a medida que avanzábamos doblando curvas, el paisaje se iba tornando deslumbrador.....

Mas, entre tanta belleza de agua, cielo y selva en conjunción maravillosa, habíamos de tropezar con circunstancias desagradables como éstas: durante el tiempo transcurrido con motivo de la calma y las corrientes en la Costa de Paria, el río había empezado a crecer y, en

consecuencia, para remontar su curso se hacía menester apelar al sistema de la espía. Este consistía en impulsar la nave mediante una larga cuerda atada a un árbol de la orilla y de la cual se tiraba desde a bordo. La operación de atar la cuerda era realizada de trecho en trecho y lo más rápido posible por dos hombres en una curiara. Labor recia, ardua y no exenta de peligro, por cierto, pues a veces no había árbol en los trechos y entonces, a fin de que la embarcación no fuera arrastrada por la corriente, ataban la cuerda a una argolla de la curiara y se abrazaban a las altas hierbas y arbustos de la ribera, para que tiraran de ella, exponiéndose a ser atacados por alguna serpiente o por algún caimán, o a destrozarse manos y brazos con las espigas de las zarzas. En estas contingencias recuerdo que se oía casi siempre gritar a bordo: –Pega que vamos pa atrás!... ¡Pega!...!Pega!...

También, a pesar del conocimiento que del río tenía el contramaestre, la balandra se varaba. Y entonces cruenta y larga era la faena empleada para ponerla a flote, con el agua al pecho y el peligro de pisar un gimnoto o ser atacados por los caribes, pequeños peces cuya voracidad se intensifica a la presencia de la sangre. Asimismo, a veces había que apartar los montones de hierba, ramas y hojarasca que arrastrados por la corriente se enredaban en la proa y a los cuales los marinos llamaban “mosuros”. Y, por último, la imperiosa necesidad de parar toda actividad y amarrar la balandra a las cuatro de la tarde, meterse bajo los mosquiteros y a veces hasta cenar dentro de éstos, a fin de librarse de las nubes de zancudos que nos invadían..

En el amanecer se reanudaba la marcha cuyas peripecias apenas si dejaban tiempo para ver con serenidad la belleza de un vuelo de garzas blancas, rojas o morenas contra la diafanidad del infinito; el espectáculo escalofriante de caimanes boca arriba tomando sorbos de sol en un playón; y la presencia de alguna vivienda indiana o campesina asomada al barranco en la ribera opuesta... No obstante tales penalidades, entre

la noche poblada de diversos ruidos no dejaba de oírse, a través de la fina urdimbre del mosquitero, el rasgueo de un cuatro y la voz nostálgica de un marinero en vela que cantaba:

*“Ni en invierno ni en verano
a Los Caños vuelvo más,
por no seguir escuchando:
“-Pega que vamos pa atrás!”*

En veces pasaban cerca de nosotros río abajo, diligentes y alegres, embarcaciones cargadas de maíz que regresaban a la Isla, con nombres familiares, sonoros y placenteros grabados en los costados y la popa “Ofelina”, “Galana”, “Carlota”, “Joven Petra”, “Hilda”, “Gráfica”, “Rosa Bella”, “Juanita”, “Golondrina”, “Magnolia”, y desde los cuales voces amigas nos gritaban: –¡Ea! Anden ligero que el río sigue creciendo y en Coporito los están esperando!”...

Una mañana, después de cinco días de escabrosa navegación desde Pedernales, llegamos, por fin, a Tucupita, población que fundada por un margariteño, empezaba a perfilarse como una promesa hermosa. Subiendo por un barranco entramos en el núcleo de casas, la mayor parte con techos de palmas, con su gente cordial y hospitalaria, y animado todo él de cierta actividad comercial. Pero en esta población apenas estuvimos algunas horas, pues realizadas ciertas diligencias necesarias por parte de mi tío, con la prisa requerida por un compromiso, zarpamos río arriba vía a Coporito donde estaba el cargamento de maíz que íbamos a buscar.

A pesar de mis cortos años me sentía ya cansado de aquel viaje en el cual, desde nuestra salida del puerto de Juangriego, llevábamos invertidos no menos de 22 días. El sol habíame curtido brazos y rostro, y mis piernas mostraban picaduras de mosquitos, golofas y tábanos, de los cuales resultaba casi imposible librarse en aquellos lugares. Por ello,

cuando en las primeras horas de la noche llegamos a Coporito, manifesté a mi tío mi decisión de no permanecer un minuto más a bordo. Este, conceptuando descabellada mi actitud, trató de persuadirme de que en tierra tendría la misma incomodidad de plaga y el calor, señalando además que en el pueblo no había hospedaje ni cosa alguna que se le pareciera.

Esto sucedía a la orilla del barranco donde estaba anclada la balandra, desde la cual, como era costumbre, se había establecido una especie de puente con aquél, mediante un largo y grueso tablón por donde mi tío se disponía pasar a tierra para hablar con su socio el señor Márquez que lo esperaba. Este señor era también nativo mi pueblo. Hombre alto y fornido, cariñoso y buen amigo de mis padres, quien habiéndose enterado de mi determinación, pidió a mi tío que me dejara desembarcar para el llevarme a dormir en la casa de una familia donde acostumbraba hospedarse cuando necesitaba quedarse algún tiempo en dicho lugar.

Mi tío accedió. Y así tuve ocasión de verme a pocos minutos en una casa amplia, limpia y gratamente amoblada, estrechando las manos de una señora margariteña de nombre Isabelita y de tres bellas jóvenes, dos que eran sus hijas llamadas María y Margarita y una que era su sobrina llamada Anita. Las hermanas eran de padre italianos; pero Anita había nacido allí de padres margariteños. Esa noche hasta las diez, más o menos, todos estuvimos cordialmente de charla, entre ademanes dirigidos a librarnos de los mosquitos que nos molestaban muy a menudo. A esa hora el señor Márquez, con la venía de la familia, me condujo a la pieza donde íbamos a dormir y en la cual lo hacía también un tío de las jóvenes, de nombre Aníbal, que me fue presentado y se ocupaba en la administración de los potreros. Para entrar en la pieza el señor Márquez, con una vela encendida, tomaba las preocupaciones necesarias a fin de que no entraran los mosquitos, ya que dormiríamos en chinchorros de moriche desprovisto de mosquiteros.



De todos modos esa noche descansé largamente, más tranquilo y mejor abrigado que a bordo donde la humedad me producía resfriados. Cuando desperté al día siguiente, observe que tanto el señor Márquez, como el señor Aníbal habían abandonado el cuarto. A poco rato tocaron a la puerta llamándome para que fuera a tomar leche “al pie de la vaca” como era costumbre allí. Inmediatamente me puse en pie. Y acompañado del sirviente indio que me llamó, fui al sitio donde estaba toda la familia reunida, la vaca y el señor Aníbal que la ordeñaba. Yo nunca había tomado la leche así. Y, tal vez, por eso no pude tolerarla en las distintas oportunidades que lo intenté; motivo por el cual la familia dispuso que de allí en lo adelante se me diera cocida....

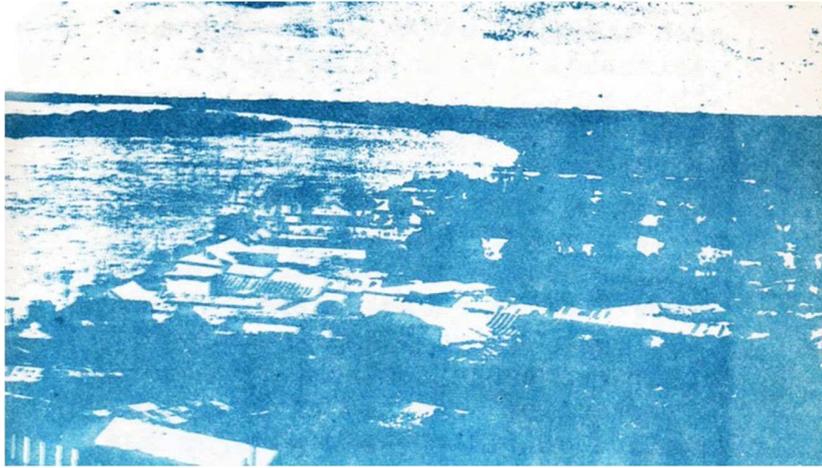
La casa donde ahora estaba en calidad de huésped por obra y gracia del señor Márquez y generosidad de sus amables propietarios, era la mejor del pueblo, el cual estaba integrado por una hilera tartamudeante de viviendas humildes que seguían el curso del gran río. Tenía dicha casa dos grandes patios. En el primero, sembrado de altos árboles y floridas plantas, además de gallos y gallinas, habitaban un airoso paujil, un tucán o piapoco, un loro parlanchín, morrocoyes, un viejo perro manso, un moriche en su jaula y asimismo un turpial margariteño que silbaba de lo lindo y por las tardes tenía la costumbre de abandonar la jaula, y como una llama, pararse en la ventana daba a la calle, para que revoletearan sobre las cabezas –y hasta picárselas–, de personas que por allí pasaban, lo cual algunas celebraban con risas y comentarios, pero que otras llegaron en veces a proporcionarle ciertos disgustos a la familia.

En el segundo patio, extenso y bien sombreado, pastaban las vacas y gruñían enchiquerados algunos cerdos. A esta casa hermosa y acogedora llegaban muchos capitanes de barcos margariteños que eran acogidos por sus moradores con verdadero espíritu de hospitalidad. Por tal circunstancia había veces en que la mesa se veía llena de comensales,

y la familia de regalos de generosas manifestaciones de aprecio. Allí aprendí a comer, y lo hacía gustosamente, el llamado pan de bola, hecho a base de plátano verde debidamente majado en un pilón por las manos de la bella Anita quien en esta operación era una especialidad, como asimismo en quesos de mano que resultaban exquisitos y no faltaban nunca en el desayuno.

La señora Isabelita era viuda y las jóvenes estaban solteras. En la pieza donde yo dormía tenía María una pequeña escuela. En el corredor Margarita cosía y bordaba. Y Anita ayudaba a la señora en sus quehaceres. A las primeras horas de la noche ésta quemaba estiércol seco del ganado para espantar con el humo a los mosquitos, y tenía gran cuidado en mantener las habitaciones cerradas a la invasión de éstos. El ambiente era de paz, dulzura y verdadera cordialidad.

Al tercer día de estar allí, el señor Márquez me invitó a ver cargar de maíz a la balandra en el otro costo del río. Fuimos en una lancha a remos. En el sitio donde se realizaba la operación, había un rancho y un trapiche funcionando; y a su alrededor unos cuantos hombres, entre ellos mi tío, tomando en totumas el guarapo que salía de la caña estrujada. Yo tomé un poco que me fuera brindado, lo suficiente para sentirme satisfecho... Después, marineros y campesinos empezaron en las trojes repletas a llenar sacos con mazorcas amarillas que parecían reír al sol, mientras otros los trasportaban en hombros hasta la balandra, pasando por lodazales, sin ninguna protección en los pies ni en las manos, los cuales se les llenaban de niguas que, terminada la faena, sacábanse con agujas, echándose después kerosene en las heridas para desinfectarlas. Esta era en realidad una labor bestial para dichos hombres, quienes como marineros ganaban un sueldo mensual de cuarenta bolívares (Bs. 40,00) y la comida a bordo; y como peones: dos bolívares diarios (Bs. 2,00).



Me daba dolor y hasta me rebelaba la situación de estos seres humanos, sin leyes que los protegiera de la explotación de los patronos; sin nada que les preservara las manos y los pies entre aquella selva inhóspita llena de lodazales, mosquitos y alimañas, fiebre y disentería; durmiendo a bordo sobre la cubierta envueltos en raídas cobijas; comiendo una ración escasa de pescado y funche y, a veces, de carne salada con arroz. Seres humanos que casi siempre estaban empeñados con los patronos, pues tenían que avanzar antes del viaje para dejarle recursos económicos a sus mujeres y a sus hijos; y seres humanos, en fin, quienes no obstante la injusticia de que eran víctimas, se mostraban sumisos en el cumplimiento de sus deberes, y cuidaban con esmero del barco y hasta de la vida del Capitán, por la cual llegaban a exponer las suyas en gesto de compañerismo y desinterés.

Cuando regresamos al pueblo, mi tío y el señor Márquez convinieron en que la balandra llevara un cargamento de maíz a Pedernales, lo depositara allí y regresara en busca de otro para conducirlo a Margarita. Ante esta circunstancia mi tío me preguntó que si quería ir en ese viaje o esperar el regreso de la balandra. Naturalmente que opté por esto último con la anuencia del señor Márquez quien calculó de ida y vuelta unos doce días a lo sumo, y fue autorizado por mi tío para proporcionarme el dinero que necesitara para mis gastos. En igual sentido autorizó a un señor de Juangriego que tenía un pequeño negocio de pulpería allí y al cual iba yo de visita casi todos los días.....

Unas veces me quedaba en la casa copiándole canciones y poemas a Margarita en su álbum y pintándole también flores y paisajes, a lo cual era yo aficionado desde muy niño. Otras veces me acercaba a ayudar a María en sus labores educacionales, o salía con ella a recoger contribuciones en el pueblo para la construcción de una capilla, cuyos trabajos estaban ya muy adelantados. Y en casi todas las mañanas solía

bañarme en el río frente a la casa, dentro del corral de cañas amargas fabricado en el agua como protección contra los caimanes, algunos de los cuales llegué a ver a través de las rendijas rondando por allí con su trompa parecida a un pedazo de vegetal.

Aún no sé, en realidad, si llegué a enamorarme de María. Pero a ella era a la que más me acercaba y con quien gustaba gastar bromas de vez en cuando. Se decía entonces que ella llevaba amores con un joven capitán de barco. Y, en virtud de ello, me enseriaba cuando éste llegaba a visitarla ocasionalmente. De esto se daba cuenta María con una pícaro sonrisa que me hacía enrojecer de rabia e irme lejos de la casa con rumbo a la pulpería del conterráneo. Pero, lo confieso, nunca me atreví a decirle absolutamente nada de amores, no obstante la confianza con que nos tratábamos.....

Un domingo, luego del desayuno y de un desagrado tonto entre ella y yo, me cambié con el propósito de llegarme a almorzar con el paisano de la pulpería que me había invitado. A María pareció haberle disgustado esto más aun; y fue la única vez que la vi inquieta y seria de verdad. Entonces me atreví a preguntarle si quería o no que me fuera a la calle. Y, sarcástica, se le salió responderme de esta manera:

-Y qué tengo yo que ver con eso!... En ese instante empezó a lloviznar. En un principio el agua suave caía tintineante sobre el techo de zinc de la vivienda. Pero a poco tiempo después, era todo un estruendoso chaparrón de elevadas y desagradables proporciones. Entonces vi a María salir de su cuarto riendo casi a carcajadas y mostrándose como complacida del fracaso de mi salida. Luego, ante la persistencia de la lluvia, nos dimos todos a jugar a las cartas y a referir cuentos margariteños. Y, aun cuando parezca mentira, a causa de esa misma persistencia, no me fue posible salir a la calle... durante cinco días....

En la tarde del décimo segundo día de su viaje a Pedernales, regresó la balandra. Desde la ancha sombra de una ceiba erguida frente a la casa, la vimos arribar. Siempre impulsada por el sistema de la espía, ya que el río seguía impertérrito su proceso de crecimiento. La fondearon en el mismo sitio y establecieron el acostumbrado puente con una aplanchada entre el barranco, –ahora menos alto–, y la borda de la embarcación. Todos llegaron sin novedad. Y con su arribo se acercaba para mí la partida del grato mundo que me rodeaba. Ante esta circunstancia, a pesar de que regresaría a la tierra de mis afectos, no me sentía contento. Así se lo expresé a María cuando me imaginó lleno de alegría por que me iba. Y estoy seguro de que ella así lo sabía. En un instante de emoción le ofrecí no olvidarla nunca y escribirle tan pronto como llegara a mi Isla. Entonces me pareció ver enturbiarse la pureza de sus grandes ojos.....

A la hora de la partida, que fue más rápida de lo que pude imaginar, a Margarita le dejé escritas algunas sencillas y afectuosas palabras en su álbum. A la señora Isabelita le prometí enviarle en primera oportunidad todas las cosas que se sirvió encargarme. Y a Anita un bonito recuerdo de la Virgen del Valle.....

Jamás podré olvidar los amables días disfrutados en tan generosa compañía; ni la emoción que me embargó en el momento de la despedida. Esta se produjo a los dos días de haber sido cargada de nuevo la balandra. Entonces, desprendido del pequeño y delicioso mundo formado por aquellas excelentes criaturas, volví a ocupar mi sitio bordo... En el barranco toda la familia se situó los más convenientemente para vernos partir. En el aire sus manos agitaron pañuelos. Y cuando todo estuvo listo, mi tío y el señor Márquez, quien resolvió irse con nosotros, dispusieron salir al mar por el caño de Macareo, la llamada “arteria de cristal del Orinoco”.....

Así se hizo. A medida que nos alejábamos, las figuras femeninas, aun sobre el barranco, se iban empequeñeciendo en la distancia y agigantándose, en cambio, en el amoroso recuerdo de mi alma. A los pocos días, sin grandes contratiempos, y favorecidos por la corriente, recalamos a Boca de Serpiente, frente a la costa de Trinidad, a la cual nos acercamos de tal modo que veíamos claramente moverse en tierra las palmeras, la gente y hasta algunos vehículos.....

Por allí, como otrora los descubridores, entramos al Golfo de Paria o Golfo Triste, para una tarde, con todos los peligros que acechan en las Bocas, salir felizmente por ellas hacia el mar ancho y sereno, con rumbo a la Margarita inolvidable de mis afectos y mis sueños...

del mismo autor

OBRAS PUBLICADAS:

“Playas”, (Poemas) 1936
“Cuaderno de Mar”, (Poemas) 1943
“Velero-Mundo”, (Poemas) 1948
“Grímpolas” (Selección poética) 1955
“Umbral de Ausencia”, (Selección poética) 1955
“Viaje hacia el Reencuentro”, (Prosa) 1958.
“Antología Poética” 1960
“Éxodo”, (Prosa) 1960
“Manuel Díaz Rodríguez”, (Prosa) 1963
“Don Andrés Bello”, (Prosa) 1966
“El Castillo de Santa Rosa”, (Prosa) 1966
“Rafael Valery Maza”, (Prosa) 1966
“Manuelico Núñez”, (Prosa) 1966
“La Región en las Olas”, (Prosa) 1967
“Celebración del Centenario de Matasiete
en 1917, (Prosa) 1967
“Conmemoraciones Sesquicentenarias”, (Prosa) 1967
“Sobre el Caballo del Mar”, (Poemas) 1971

OBRAS POR PUBLICAR:

“Poemas de la Soledad y del Desvelo”
“Juangriego”, (Prosa)
“Memorias de la Andanza”, (Prosa)
“Galaxia”, (Prosa)
“Juan de Castellanos”, (Prosa)
“La Heroína de Margarita”, (Prosa)
“Pleamar”, (Prosa)
“Crónicas del Amor y la Esperanza”, (Prosa)
“Discursos”.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Abril de 2024